

virtuoso monarca á una prision y al fin al cadalso (1).

Varios accidentes, es cierto, contribuyeron á que se frustrase un plan con tanto acierto combinado; pero todos los tropiezos se pudieron haber superado, si no hubiera sido por la traicion ó vergonzosa irresolucion de las tropas realistas; y por el oficioso empeño que manifestó la guardia nacional en impedir la evasion de su soberano. No puede haber perdon para semejante conducta en la historia. No puede ser disculpa el patriotismo, para el ciudadano que procure arrojar al cadalso á un rey virtuoso y á su inocente familia. Ruborizase el honor al contemplar que hubo soldados que se olvidaron de sus deberes, en medio de la grito del populacho, y permitieron que su soberano, el heredero de veinte reyes, se arrebatase de entre los escuadrones armados que formaban, y fuese conducido preso. El partidario mas vehemente de la libertad, con tal que abrigue el menor vislumbre de humanidad en su seno, el mas ardiente republicano, si es que tiene algunos sentimientos de honor, debe irritarse de tal baja. Con justicia puede gloriarse la Gran-Bretaña de la conducta muy diversa que observó su pueblo, cuando en idénticas circunstancias tuvieron que andar prófugos sus monarcas; puede comparar el arresto de Luis en Varenas con la fidelidad que se guardó á Carlos II en los condados de Occidente. despues de la batalla de Worcester,

(1) Lac., VII, 268. Memorias de Bouffle, II, 298.

y con la constante adhesion que guardaron al pretendiente los montañeses escoceses despues de la derrota de Culloden (1).

La mayor consternacion se difundió en Paris cuando se descubrió la fuga del rey; de suerte que la alegría fué suma cuando circuló la noticia de su arresto. Nombráronse tres comisionados que condugeron á Paris á los presos, y fueron Pétion, La Tour, Manbourg y Barnave. Encontráronse con ellos en Epernay, y se volvieron en su compañía hasta dejarlos en las Tullerías. Durante el viage, Barnave, á pesar de su rígido republicanismo, quedó tan prendado de la amable dignidad de la reina, y de la cordura y bondad del rey, que se adhirió á la causa del trono y desde entonces la sostuvo (2).

La reina, conociendo por los modales y la conversacion de Barnave, que era un hombre de nobleza de alma y de un entendimiento cultivado, lo trató con familiaridad, de suerte que produjo en su ánimo una impresion que jamas llegó á borrarse. Aquel por su parte la trató con tan esmerado miramiento, y se condujo para con ella de una manera tan caballerosa, que la reina, de vuelta en Paris, aseguró á Mad. Campan que le

(1) Mas de 200 personas eran posesoras del secreto, y las mas de ellas se encontraban en la mayor pobreza. Ofrecianse 30,000 libras al individuo que le prendiese, y se habia decretado la pena de secuestro y muerte á los adictos á su causa; y sin embargo, no hubo un montañés que fuese traidor á su soberano.

(2) Th., I, 298, 299. Mig., I, 234. Lac., VIII, 270, 272.

perdonaba las ofensas que habia inferido á su familia el partido á que pertenecia, indulgencia que no podia tener respecto de tantos nobles que habian hecho traicion al trono, uniéndose á la causa del pueblo. La conducta que observó Petion fué por el contrario, tan soez, fueron tan insolentes sus modales para con los ilustres presos, que con dificultad podia contener su indignacion Barnave. Aconteció que un pobre cura se acercó al carruage del monarca con la intencion de hablarle; visto lo cual por la muchedumbre que rodeaba el coche, se precipitó inmediatamente sobre el desventurado, le arrojó por tierra, é iba á acabar con él; cuando la contuvo Barnave, esclamando: “¡Tigres! ¿habeis dejado de ser franceses? ¿nacion de valientes! ¿os habeis convertido en un pueblo de asesinos?” La diferencia entre los miembros del partido constitucional y los del demócrata era mayor que la que podia existir entre aquella faccion y el trono. Desde la circunstancia en cuestion, durante las relaciones que la reina conservó con algunos de los diputados de la Asamblea, siempre se sirvió con preferencia de Barnave. “¡Cuántas veces se reconciliarian las facciones mas encarnizadas, si se acercasen unas á otras, y leyesen lo que pasa en los corazones de sus contrarios! (1)”

El pueblo desplegó toda su ferocidad durante el viage de regreso de la real familia á Paris. Los dos guardias de corps que habian espuesto

(1) Madame de Champan, II, 150, y siguientes. Th., I, 289, 299.

su vida en defensa de su soberano, fueron atados con cadenas á la parte exterior del carruage; mezclábanse á los individuos de la custodia muchos labradores armados de guadañas y palos, y dirigíanles los mas duros reproches, y en cada pueblo por el cual pasaban, se reunian las autoridades municipales, y desahogaban el odio que tenian al caido monarca. No pudiendo ver con serenidad aquella conducta inhumana, el conde de Dampierre, noble que habitaba un castillo que tenia á la inmediacion del camino, se acercó al rey con el fin de besarle la mano; pero inmediatamente cayó atavesado por los tiros de la escolta; su sangre salpicó al carruage real, y su cadáver fué despedazado por aquella turba de salvages (1).

En los primeros impulsos de la alarma, en los primeros movimientos de indignacion, corrió gran riesgo La Fayette de ser asesinado por el populacho de Paris, por haberse generalizado la creencia de que no podia haberse fugado la real familia sin connivencia de aquel [2]. Con dificultad pudo libertarse de correr igual suerte uno de sus ayudantes, á quien en los primeros momentos del alboroto despachara por el camino de Varenas. Si hubiese sido muerto, Bouillé habria encontrado todavía en Varenas á los augustos prófugos, y les habria puesto á cubierto de las desgracias que posteriormente resintieron.

Por fin entraron en Paris los presos. Habíase

(1) Lac., VIII, 271. Camp., II, 151.

(2) Lac., VIII, 276.

reunido para verlos llegar una multitud inmensa que los recibió guardando un profundo silencio. La guardia nacional no hizo honores á la real familia en ninguno de los puntos del tránsito, donde habia parte de esta fuerza. Oíanse salir imponentes y terríficos gritos de entre la muchedumbre; el pueblo miraba pasar á sus víctimas sin descubrirse. Fué necesario que Maubourg y Barnavé hiciesen uso de todos sus esfuerzos para impedir que los dos leales guardias de corps, que tanto riesgo habian corrido por defender al soberano, fuesen asesinados al subir las escaleras de las Tullerías. Dividiéronse las opiniones en cuanto á las consecuencias que atraeria sobre la real familia su arresto: los demócratas demostraron públicamente cuánto les alborozaba un suceso, que restablecia el ascendiente que ya egjerian sobre el trono; los séres que aun conservaban sentimientos de humanidad, se sobrecogieron de terror al contemplar la infausta suerte que seguramente la esperaba; los hombres pensadores estaban perplejos sobre lo que harian de ella, viendo que se habia venido á poner en sus manos [1].

A decir verdad, cuando la real familia verificó su salida sin contratiempo alguno, pocos hombres hubo de mediana consideracion en Paris, que desearan su arresto. Los gefes del partido popular se regocijaron de la fuga del rey, porque facilitaba la realizacion del sistema republicano;

(1) Lac., VIII, 281, 282, 283.

los miembros del partido constitucional deseaban sinceramente verle trasladado á Motmedy, á fin de que se sustragese del estado de esclavitud en que le tenia el populacho, y habia muchos individuos de los realistas, á quienes no habia dejado de agradar que abandonase el timon del estado un monarca cuyas concesiones habian conducido al reino al borde de su ruina; todos, en fin, se gozaban de que se hubiese libertado el soberano del férreo despotismo de la democrácia parisiense. La Asamblea, al nombrar comisionados que previniesen el arresto del rey, obró contra las ideas que la sugeria su buen juicio, y solo dió tal paso por acallar la grito de la desenfrenada plebe [1].

“El mayor de los errores,” dice Napoleon, “que cometió la Asamblea nacional, fué el de hacer regresar de Varenas al soberano, que, prófugo y sin prestigio, se dirijia con precipitacion á la frontera, y en el breve espacio de unas cuantas horas se habria encontrado fuera del territorio de la Francia. ¿Qué debió haber hecho en estas circunstancias? Facilitar su fuga sin embozo, y en virtud de ella declarar que quedaba vacante el trono; de este modo habria evitado la infamia de cooperar á la formacion de un gobierno regicida, y alcanzado el grande objeto de sus deseos, cual era el de establecer el sistema republicano. En vez de esto, con el hecho de disponer que regresase, se vió desde luego en el apuro de no, saber qué hacer de un soberano que no tenia

(1) Th. 1, 292, 293.

una justa razon de destruir, y perdió la ventaja inapreciable de deshacerse de la real familia, sin necesidad de cometer acto alguno de crueldad (1).” Hé aquí lo que dice un hombre, que no era escrupuloso en cuanto á los medios de conseguir un fin cualquiera, á quien no dominaba una sensibilidad nimia, ni aterraba el temor de peligros imaginarios. Sus palabras son una excelente demostracion de aquella verdad eterna que manifiesta que la crueldad es tan ignorante como inhumana, y que no hay conducta mas acertada, que aquella que evita tener el mas leve reproche moral que dirigirse.

La vuelta del soberano á Paris, preso, y la necesidad que hubo de tomar alguna resolucion definitiva con relacion á su persona, hizo que los bandos de la capital se dividiesen desde luego, y ocasionó que se empezasen á emitir, sin embozo, los principios republicanos. La plebe, con salvage ferocidad, pidió á gritos la cabeza del monarca; en los clubs de los franciscanos y jacobinos, se invocaba, á voz en cuello, el sistema republicano; Robespierre, Marat y los socios de estos, inflamaban cada dia mas y mas el ánimo del populacho, por medio de publicaciones y de discursos del mas incendiario carácter (2).

“Si la república,” decia Condorcet, “ha de necesitar otra revolucion, sus resultados serán terribles; pero si se la proclama en el dia, ahora

Primer origen de las ideas republicanas.

(1) Memorias de Napoleon, I. 1.

(2) Mig., I, 134. Th., I, 301.

que la Asamblea es omnipotente, la transicion no será costosa; y mejor es establecer ese sistema cuando la autoridad del rey se halla en un total abatimiento, que cuando la haya recobrado en términos de que pueda desviar el golpe.” En aquella época no habia quien sostuviese en la Asamblea, que era apetecible por sí misma la monarquia, para que sirviera de contrapeso á la ambicion del pueblo; y el hecho de que nadie defendia esta doctrina en la Asamblea, es la prueba mas evidente de lo indispensable que es su existencia, cuando se quiere una libertad arreglada (1).

Oíanse sin cesar sediciosos clamores por las calles; revelábase la ferocidad en los semblantes de los individuos de que se formaban los numerosos corrillos que se reunian en los parages públicos, y comenzaron á dejarse ver aquellas horribles figuras que habian salido de la oscuridad el 5 de Octubre, y que posteriormente, durante el régimen del Terror, obtuvieron un constante triunfo. Por otra parte, la porcion sensata é ilustrada de los miembros de la Asamblea, echando de ver por los terribles indicios que tenia á la vista, el riesgo que la amenazaba, concentró su vigor para resistir á la muchedumbre. Barnave, Duport, y Lameth, á pesar de tener una apasionada adhesion á la libertad, se unieron á La Fayette y demas defensores de la monarquia constitucional. En la lucha que se siguió, hizo una notable falta la patética voz de

(1) Dumont, 325.

Mirabeau, aunque dudamos que hubiese podido servir de algo, en aquel estado de cosas, su dominadora elocuencia. En aquellos días, época en que se alzaba mas y mas la democracia, no habia poder humano al cual fuese dado resistir al vigor que acababa de adquirir el pueblo [1].

En la mañana del día siguiente al del regreso de la real familia, fué el rey suspenso, temporalmente, de su autoridad, por un decreto de la Asamblea, y se envió una fuerza de guardia nacional á su palacio para que vigilase sobre su persona y sobre la reina y el delfin. Comisionóse á tres diputados para que sometiesen á un minucioso exámen judicial á los tres enunciados individuos, pero nada se votó durante él, que indicase que se tenia la intencion de acriminarlos. Se les mantuvo en completa reclusion en el palacio, permitiéndoles únicamente que se paseasen por las mañanas en el jardin de la Tullerías, antes que empezase á concurrir el público, en tanto que preparaba la Asamblea una medida legislativa referente á su fuga. Barnave y los dos hermanos Lameth hicieron en aquellos días el generoso esfuerzo de declararse abiertamente en favor de la causa del infortunado monarca, habiendo debido en gran parte éste á la destreza y á los talentos del primero, que fué quien sugirió tanto á él como á su augusta esposa las contestaciones que debian dar á los comisionados de la Asamblea, el haber podido demostrarque su

(1) Mig., I, 134, 135. Lac., VIII, 284, 285, 292. De Stael, I, 361.

intento al salir de Francia, no habia sido sino el de ponerse á cubierto de los peligros que en la metrópoli corria. Al mismo tiempo dirigió Bouillé una comunicacion á la Asamblea, en la cual tenia la generosidad de arrojar sobre sí toda la criminalidad del viage, protestando que nadie sino él, lo habia llevado á cabo, y declarando en nombre de los soberanos aliados, á cuyos dominios se retiró á poco, que la hacia responsable de la suerte de los augustos presos [1].

Los fines de los republicanos eran los de convertir la fuga del rey en pretexto por medio del cual consumasen su destronamiento y su muerte; los que sostenian la constitucion, tendian á conservar el trono sin embargo del mal éxito que habia tenido la tentativa que para tal efecto se hiciera. Los republicanos quisieron que se tomase declaracion á Luis sobre el obgeto de su viage á Varenas, con el intento de fundar en ella su persecucion; pero la comision encomendada de este asunto se manejó con tal destreza, que en vez de que en su vista se le pudiese acriminar, sirvió por el contrario para disculparle aun en el ánimo de los miembros mas vehementes del partido jacobino. Las siete comisiones á cuyas manos se pasó este importante exámen, opinaron que el viage del rey no prestaba materia de acusacion contra su persona. El debate que sobre este dictamen se suscitó, puso en accion á los mas distinguidos caudillos, é hizo que cada bando manifestase sus principios.

(1) Thiers., I, 302, 303.

Los defensores de la constitucion apoyaban sus argumentos en la inviolabilidad individual del monarca, en la cual habia convenido solemnemente la Asamblea. "Admitir, decia en contestacion Robespierre, la inviolabilidad del rey en actos que le serian personales; es lo mismo que establecer un dios sobre la tierra. No podemos dejar existir ficcion alguna, que preste impunidad al crimen, ni otorgar á ningun hombre el derecho de bañar á nuestras familias en sangre. Pero habeis decretado, se dice, esa inviolabilidad; tanto peor. Una autoridad mas poderosa que la que pueda tener la constitucion misma, hoy la reprueba; esta autoridad es la razon, la conciencia del pueblo y el deber en que estamos de proveer á su seguridad. No ha decretado la constitucion la absoluta inviolabilidad del soberano; solo ha decretado que no es responsable de los actos de sus ministros. Y á este privilegio que ya es inmenso, ¿querria agregarle inmunidad por todos los delitos que personalmente cometa, como los de perjurio, asesinato y latrocinio? ¿Deberemos nosotros, que tantas otras distinciones hemos abolido, dejar en pié esa que es la mas peligrosa de todas?

Preguntad á la Inglaterra si reconoce semejante impunidad en sus soberanos. ¿Vereis á un furioso rey asesinar á vuestros amados hijos á vuestra propia vista, y vacilareis en entregar el criminal á la justicia? Dictad leyes para que se castiguen sin escepcion todos los crímenes, ó dejad al pueblo que se haga justicia por si propio. Vosotros oisteis los juramentos del mo-

narca. ¿Habrá algun jurado despues de haber recibido su manifiesto, y la declaracion de su viaje, que vacile en declararle reo de perjurio, es decir, traidor para con la nacion? El rey es inviolable; pero vosotros tambien lo sois. ¿Sosten-dreis, ahora, que tiene el privilegio de asesinar con impunidad á millones de sus vasallos? ¿Os atreveréis á fallar que es inocente el rey, cuando la nacion le ha declarado reo? Consultad su buen sentido, ya que habeis perdido el vuestro. Se me llama republicano: que lo sea ó no, declaro que mi conviccion es la de que cualquiera forma de gobierno es mejor que la que rige bajo un monarca débil, que alternativamente es presa de alguna de las facciones contendientes" (1).

"¡Regenadores del imperio!" dijo en contestacion Barnave; "prosiguid por la senda que habeis comenzado á recorrer. Ya habeis demostrado que teneis el suficiente vigor para destruir los abusos del poder; tiempo es ahora de que probeis que teneis la necesaria sabiduría para proteger las instituciones que habeis formado. Al paso que hacemos ver que somos fuertes, manifestemos que tambien somos moderados. Presentemos al mundo, que está pendiente de vuestros actos, el grandioso espectáculo de la paz y de la justicia. ¿A qué otra cosa podrá conducir el juicio de un rey, sino á la proclamacion de una república? ¿Estais dispuestos á dejar que al primer golpe se des-

[1] Lac. VIII, 292, 295, 296. Mig. I, 135 136.
TOM. I.

plome una constitucion, cuya formacion tantos desvelos os ha costado? Os enorgulleceis, y con justicia, de haber terminado una revolucion que no tiene egemplo en la historia del mundo; ahora se os pide que proclaméis otra, que abriera un abismo cuyo fondo es impenetrable á toda humana sabiduría, y en el cual irian á sepultarse á un tiempo, leyes, vidas y propiedades. Con sabiduría y moderacion habeis hecho uso de las inmensas facultades que depositó en vuestras manos el Estado: habeis dado el ser á la libertad, pero tened cuidado, no vayais á sustituirla con un violento y sanguinario despotismo. Tened seguro que esos que os proponen hoy que sentencieis al rey, harán lo mismo con relacion á vosotros mismos, tan luego como os opongais á la marcha de su ambicion. Si prolongais la revolucion, adquirirá ésta mayor violencia. A cada paso se os pedirá á grito abierto, que decreteis confiscaciones y asesinatos; jamás estará satisfecho el pueblo sino con un dominio material, que no le es posible alcanzar sino esterminando á los superiores. Hasta hoy han tenido lleno de inquietud al mundo los poderes que hemos creado; tranquilicémosle y atraigamos ahora su admiracion, mostrándole la moderacion que nos adorna.”

La Asamblea, seducida por estos nobles sentimientos, aprobó el dictámen de la comision con solo la diferencia de siete miembros que lo reprobaron. Pero, á fin de que el partido popular no quedase disgustado, se hizo al decreto relativo la adición de una cláusula, en la cual se

decia que si el rey se ponía al frente de cualquiera fuerza armada y la dirigía contra la nacion, tal acto suyo se consideraría como abdicacion, y se le haría responsable de él como si se tratase de un ciudadano cualquiera. La faccion popular hizo un uso fatal de este decreto, en las sediciones que despues se suscitaron contra el trono (1).

Viendo los demócratas que eran inútiles sus esfuerzos para dominar á la Asamblea, procuraron poner en conmocion al pueblo. Brissot, redactor del Patriota Frances, y republicano de luces, formó una peticion que se llevó al campo de Marte para que se firmase. Los clubs de los jacobinos y franciscanos declararon que ya no reconocian á Luis por soberano, y publicaron las mas incendiarias alocuciones, que inmediatamente mandaron fijar en todas las calles de Paris. Se dispuso una insurreccion general para el dia siguiente. “Marcharemos, decian, al campo de la federacion, donde cien mil hombres destronarán á ese rey perjuro. Ese dia será el último de los que sostienen la traicion.” Fijóse la insurreccion para el 17 de Julio; ninguna fuerza de línea existia en Paris, de suerte que solo dependia la tranquilidad, de la firmeza que podia desplegar la guardia nacional [2].

En la mañana del 17 se pusieron en conmocion dos diversas reuniones del pueblo; la una

[1] Mig. I, 137. Lac. VIII, 298, 302. Th. I, 309, 310.

[1] Mig. I, 137. Lac. VIII, 398. Th. I, 311.

se componia de gente bien vestida y medida en sus movimientos; esta era poco numerosa, y la acaudillaba Brissot; formábase la otra de hombres de repugnante aspecto, que revelaban su ferocidad en sus palabras; constaba de un formidable número y marchaba á su cabeza Robespierre. Ambas cuadrillas iban confiadas en el buen éxito y seguras de la impunidad, porque no habia habido ejemplo hasta entonces de que se hubiese reprimido una sola sedicion, ni se habia castigado otro crimen que el asesinato del panadero François. Habíanse puesto dos infelices inválidos en las gradas del altar del campo de Marte á presenciar aquella extraordinaria escena, cuando se levantó la grito de que eran asesinos, á quienes se habia enviado allí de intento para que hiciesen volar alguna mina con la cual se queria destruir á los gefes del pueblo. Sin tomarse la molestia de cerciorarse de si semejante mina existia, decapitaron á aquellos desdichados en el acto, y enarbolando en picas sus cabezas, las pasearon en derredor del altar de la pátria [1].

La Asamblea tomó las providencias mas enérgicas para sostener su autoridad. Declaró permanentes sus sesiones, é hizo que la municipalidad diese orden á la guardia nacional para que se presentase en sus diversos puntos de reunion. Púsose La Fayette á la cabeza de esta fuerza y se dirigió al campo de Marte, seguido

Medidas vigorosas de la Asamblea.

[1] Lac. VIII, 309, 312. Th. I, 314.

de mil doscientos granaderos. Yendo en marcha, un traidor de sus filas le disparó un pistoletazo; pero afortunadamente no le tocó el tiro, y tuvo la magnanimidad de libertar despues al delincuente, de la prision que se le impuso. Entre tanto, se habia izado la bandera encarnada por orden de de Bailly, en la casa consistorial, y los ciudadanos pacíficos pidieron con instoncia la proclamacion de la ley marcial. Al llegar La Fayette al campo de Marte, desplegó la bandera encarnada, é intimó en nombre de la ley á la mu-

A una infinidad de causas se han atribuido chedumbre que se dispersase. La grito de "¡Abas le drapeau rouge! ¡abas les baionettes!" acompañada de una lluvia de piedras, fué la única contestacion que se le dió. Mandó hacer una descarga al viento, mas viendo que no producía el efecto de intimidar, con cuyo fin la habia ordenado, dispuso que se hiciese fuego sobre la masa, y desde luego cayeron á tierra ciento de los sediciosos. Al momento se dispersó la turba, y quedó despejado el campo de Marte. Robespierre, Marat y

Triunfo de La Fayette.

otros gefes de la insurreccion desaparecieron, y el partido que capitaneaban quedó sumergido en el mas completo desaliento. Marat, temblando de miedo, corrió á pedir asilo á sus amigos, no juzgándose seguro en su oscuro domicilio, á pesar de su inviolabilidad como diputado. Habíase contenido la furia de la Revolucion eficazmente; y si el gobierno hubiera tenido la energía de marchar sobre los clubs de jacobinos y franciscanos, y de cerrar aquellos grandes manantiales de traicion, se habria podido establecer la mo-